

el Niño... En el rincón que ocupan esas piedras verdes estaba el pesebre que ahora se venera en Roma... Aquí estaba la mula y el buey... Al fondo se postraron los Reyes Magos... Ea, ya puede usted adorar...»

«Caí postrado bajo el nido de la bóveda, y en mi afán de aprovechar los segundos, recogí todas las potencias. Había que abreviar, porque detrás de mí venían otros muchos peregrinos, pero ¡con qué gozo me habría quedado allí toda la noche! Mientras mis ojos estaban clavados en la estrella de plata que brillaba en el suelo con la inscripción latina en que se afirmaba que allí había nacido Jesucristo de la Virgen María, la mirada de mi alma estaba fija en la profundidad del misterio, y un escalofrío de asombro sacudía todo mi ser. A mi lado bullían ya impacientes otros adoradores, y alguien pronunció estas palabras:

—¡Pronto! Dejen paso, no se estacionen aquí.»

«Mal recuerdo el que nos dejó aquel hotel betlemita donde pasamos las últimas horas de la Nochebuena. En primer lugar, el nombre nos molestaba por lo falso, estúpido, pretencioso y ridículo. ¿A quién se le ocurrió dar a aquella pequeña colina el nombre de la cima más alta del Himalaya? Y eso en una tierra donde cualquier pueblo, cualquier monte, cualquier accidente topográfico tiene una grandeza espiritual superior a los de las cumbres más famosas. Por lo demás, el Everést no nos ofreció aquel amanecer el ambiente propicio para el sueño que tanto necesitábamos...»

—Imposible dormir —dijo otro de los ocupantes de aquella gran sala situada junto a la puerta principal, donde a fuerza de súplicas habían podido encontrar un camastro.

—Imposible, no —contesté—; todo depen-

de de la capacidad de abstracción. Ahí tiene usted el ejemplo.

—Es algo difícil prescindir de este barullo espantoso, pero ¿quién podría dominar el ruido interior?

—¿El ruido interior? No sé qué es lo que usted quiere decir con esas palabras.

—Pues, sencillamente; que dentro del alma llevo esos ruidos enloquecedores de las danzas españolas y los ecos de los villancicos y el sonido de las dulzainas y la música de los cantares y la sonoridad de la ocarina, y, sobre todo, sobre todo, el rasguear de las guitarras granadinas.

—Todo eso es bello, ciertamente, pero no creo que llegue a quitarle a uno el sueño.

—¿Qué quiere usted? Soy joven y algo romántico, y si voy a hablarle con toda claridad, más todavía que la belleza de las danzas y la armonía de las músicas populares de España, me gusta la gracia de las muchachas españolas.

—¿De todas las muchachas españolas?

—De todas, en general, y de algunas, en particular.

—De alguna que probablemente será alguna granadina.

—Efectivamente, pero ¿cómo lo ha adivinado usted?

—¡Qué sé yo! Tal vez porque me dijo usted antes que lo que sobre todo le hacía cosquillas en el alma era el rasguear de las guitarras de Granada, y también acaso porque ustedes, los árabes, tienen un misterioso parentesco con la ciudad del Darro y del Genil.

«Árabe era, efectivamente, mi interlocutor, un árabe tan vivamente apasionado por las cosas de España, que había conseguido la nacionalidad española y hablaba el castellano como su propia lengua y conocía a España como si hubiera recorrido todos sus rincones y visitado todos sus monumentos. Y he